

uso de ellos por tiempo determinado, pasado el cual, es preciso entregarlos á otro. Despójanos la muerte de todas esas brillantes insignias de la dignidad; aniquila todos nuestros dictados y todos nuestros derechos; apaga todo el esplendor, todo el orgullo y todo el lustre. La grandeza mas soberana, la misma majestad se estrella contra el sepulcro. En la hora de la muerte toda la fortuna y toda la felicidad humana es un sueño y nada mas. *Beati qui in Domino moriuntur.* La verdadera idea de la felicidad verdadera es morir en su gracia. Aunque uno hubiese sido pobre, desgraciado y miserable por toda la vida, aunque esta hubiese sido la mas trabajosa, la mas oscura y la mas vil, si murió en la gracia de Dios, á esa muerte se sigue y de esa misma muerte nace la nobleza mas augusta, la grandeza mas respetable; una felicidad eterna, que ni el tiempo puede consumir, ni las revoluciones pueden alterar, ni el mismo Dios como inmutable en sus decretos puede ya turbar su posesion. En la muerte los mayores principes quedan á un mismo nivel con sus mas ínfimos vasallos; la muerte al menor de los santos le hace superior al mayor de todos los monarcas del mundo; un vil esclavo, un pobre labrador es ya objeto de su veneracion; todos los grandes de la tierra hincan la rodilla delante de sus imágenes y sus retratos; respetan, honran y adoran sus reliquias. ¡Oh, y cuánta verdad es que *son bienaventurados los muertos que mueren en el Señor!*

El evangelio es del cap. 6 de san Juan.

In illo tempore, dixit Jesus turbis Judæorum: Ego sum panis vivus, qui de celo descendendi. Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in æternum: et panis quem ego dabo, caro

En aquel tiempo dijo Jesus: Yo soy el pan que vive, que he bajado del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré,

mea est pro mundi vita. Litigabant ergo Judæi ad invicem, dicentes: Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum? Dixit ergo eis Jesus: Amen, amen dico vobis: nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis: Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, habet vitam æternam, et ego resuscitabo eum in novissimo die.

es mi carne, *la que daré* por la vida del mundo. Disputaban, pues, entre sí los Judíos, y decían: ¿Cómo puede este darnos á comer su carne? Y Jesus les respondió: En verdad, en verdad os digo, que si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne, y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día.

MEDITACION.

DEL DESEO DE LA MUERTE.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el verdadero deseo de la muerte (hablo del piadoso, y no del que nace de desesperacion ó de poco sufrimiento de las miserias de esta vida), este verdadero deseo, digo, no puede menos de ser efecto de un vivo y ardiente amor de Dios y fruto sazonado de una fervorosa virtud; es una santa y dulce ansia de que se levante este destierro, de ir á la amada patria; es una inocente pasion por salir cuanto antes de un pais enemigo, donde es menester estar siempre alerta contra los lazos y contra las sorpresas; donde ni la mayor vigilancia ni el mas atento cuidado son bastantes para que se pase ni un solo dia sin alguna herida; es en fin un dulce movimiento del alma hácia su Dios, como á su último fin, como á su soberano bien, como á su suprema felicidad, como al reposo, á su centro, á su alegria pura y sin mezcla alguna.

¿Qué admiracion puede causar el que un caminante

deseo con ansia llegar cuanto antes al término de su viaje, ni que un encarcelado suspire por salir de la prision? ¿Qué extraño puede ser el que sepan mal al paladar unas frutas siempre verdes y siempre amargas; que disguste un pais donde se está de paso, sujeto á continuas tempestades, á uracanes perpetuos, cuyo terreno solo lleva espinas que pican y penetran? Una alma que conoce á Dios, que ama á Dios, que hace reflexion sobre las miserias de esta vida, sobre la brevedad de sus dias, sobre los peligros de la salvación, sobre los lances en que nos ponen aquellos con quienes vivimos, y nuestras mismas pasiones, ¿cómo puede menos de exclamar con el apóstol san Pablo: *Quis me liberabit de corpore mortis hujus?* ¿quién me librará del cuerpo de esta muerte? ¿Cómo puede menos de no sentir aquel impulso, aquella fuerte inclinacion, aquellos vehementes deseos de hallarse ya en la Jerusalem celestial? ¿cómo puede menos de no mostrar el ansia que tiene por estar con su Criador, con su Salvador, con su divino Esposo, con su Padre, y decir continuamente con el Apóstol: *Desiderium habeo dissolvi, et esse cum Christo*: deseosa estoy de verme libre de esta prision, y de vivir con mi Señor Jesucristo? ¿Cuántos santos tuvieron los mismos deseos y usaron el mismo lenguaje, y no precisamente por el tedio ó por el disgusto de la vida, pues muchos de ellos vivian con toda la abundancia y con toda la grandeza de la corte! En medio de ella exclamaba el real profeta David (1): *Heu mihi, quia incolatus meus prolongatus est!* ¡Ay de mí, Señor, que va muy largo este mi destierro! todavía me veo precisado á quedarme entre los moradores de Cedar, y suspira mi alma desterrada tanto tiempo ha en tierra extraña: *Cum his qui oderunt pacem, eram pacificus*: estoy perpetuamente cercado de enemigos, siendo yo

(1) Psalm. 119.

tan amante de la paz; y basta decirles que la deseo, para que por lo mismo me hagan mayor guerra. ¿Es posible, Señor, que una vida tan miserable pueda ser apetecible á los que tienen fe? ¡Ah, que solo es admirable para ejercitar la paciencia!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que una alma verdaderamente cristiana tiene tantos motivos para no amar esta vida, que no puede menos de mirar la muerte con alegre complacencia. Cuando se para la consideracion en la multitud de calamidades de que está inundada toda la tierra, en el número sin número de accidentes contrarios, de disgustos y de enfermedades en que está como anegada esta triste vida, ¿á qué revoluciones y á qué amarguras no nos hallamos expuestos? Todos nacemos llorando, y el último suspiro sale siempre mezclado con lágrimas. Ni la mas sombría soledad, ni el mas espantoso desierto es seguro asilo contra las tentaciones y contra los peligros; todo está sembrado de espinas; á cada paso hay un precipicio. Es una continua guerra la vida del hombre; es menester estar siempre con las armas en la mano; conceder un solo dia de tregua, es darse por vencido: *Foris gladius, intus pavor*: estragos por la parte de afuera, pavores y sustos por la de adentro: no hay dia sin nieblas, no hay estacion sin borrascas, no hay edad sin turbacion, no hay condicion sin peligros; peligros en el poblado, peligros en el desierto, peligros en todas partes. Derrámase la hiel y la amargura hasta en las mismas diversiones; todo contribuye á hacer la vida triste, tediosa, insoportable. De esta manera, buen Dios, nos quisisteis poner en la dichosa necesidad de sentir la amargura de nuestro destierro, y de suspirar incesantemente por nuestra patria celestial. ¡Oh, Señor! qué cosa nos puede alegrar en esta region de llantos?

Quomodo cantabimus in terra aliena? ¿Cómo es posible, decían en otro tiempo los israelitas, que nos alegremos en tierra ajena? Sentados á las márgenes del río de Babilonia, imágen natural de una vida que corre con rapidez á la muerte, ¿cómo no hemos de derramar un torrente de lágrimas, acordándonos de nuestra amada Sion (1)? *Hic sedimus, et flevimus, cum recordaremur Sion.* Consumidos de dolor en tan melancólico destierro, colgaremos de los sauces nuestros instrumentos músicos, y nos abandonaremos al llanto y á la tristeza: *In medio ejus suspendimus organa nostra.* ¡Oh, y cuánta verdad es que una alma ilustrada con las luces de la fe encuentra pocos gustos en la tierra! cuánta verdad es que la vida tiene pocos atractivos para quien no pierde de vista su último fin! ¡cuánta verdad es que la muerte es de grandísimo consuelo para los que aman abrasadamente á Dios!

Concededme, Señor, esta viva fe, que excite en mí un verdadero disgusto de este desdichado destierro; haced presente siempre á mi memoria mi último fin, para que tenga por amargos los días de la vida; y abrasadme en vuestro divino amor para que desee ansiosamente estar cuanto antes con vos.

JACULATORIAS.

Heu mihi, quia incolatus meus prolongatus est!
— Salm. 119.

¡Ay de mí, que se alarga demasiado mi destierro!

Desiderium habeo dissolvi, et esse cum Christo. Rom. 7.
Deseo con ansia ser desatado de la prision de este miserable cuerpo, para vivir cuanto antes con mi Señor Jesucristo.

(1) Psalm. 136

PROPOSITOS.

1. Algunas, y aun demasiadas veces desean la muerte los mundanos; pero estos deseos, hablando con propiedad, son efecto de la desesperacion, de la rabia y de la impaciencia, porque no pueden sufrir los trabajos y las desdichas que los despedazan. Son unos ímpetus, unas llamaradas de furor, hijas de la locura mas que de la razon, siempre pecaminosas y siempre reprehensibles. El deseo de la muerte en las almas cristianas y fervorosas siempre es inocente, siempre tranquilo; es un ardiente deseo de librarse del cuerpo del pecado, y de verse cuanto antes en estado de no poder ofender mas á Dios; es un deseo ansioso de ver á Dios, de poseer á Dios sin miedo de perderle nunca. Ten horror al primer deseo, porque es una impaciencia gravemente culpable; pero aspira al segundo que siempre es puro, siempre inocente, imitando á santa Teresa, que á cada hora que sonaba el reloj se animaba alegremente, diciéndose á sí misma: *Ea, buen ánimo, que ya estás una hora mas cerca de la eternidad.* Ya seas feliz, ya seas desgraciado; ya todo te salga mal, ó ya todo te salga bien; ya te halles en elevacion, ó ya te veas en oscuridad; ya gimas acosado de enfermedades, ó ya goces la mas robusta salud, protesta á tu Dios lo mucho que desees poseerle cuanto antes en el cielo, y el disgusto con que estás en esta vida, aunque lleves con paciencia y con resignacion sus miserias y trabajos.

2. Evita aquellas quejillas, que son efecto de nuestra impaciencia, de nuestra inmortificacion y de nuestra poca virtud. En todas las aflicciones que te ocurrieren acuérdate de la muerte, como término que ha de poner fin á todas las miserias. No hay cosa que tanto vaya desgastando los lazos que nos tienen aprisionados y pegados á la tierra, como las adversidades.

Piensa con frecuencia en la feliz mansion de los bien-aventurados, y siempre que hagas oracion por los difuntos procura disgustarte de esta vida. El pensamiento de la muerte consuela mucho á los que viven cristianamente; lo que nos hace amarga su memoria es el desórden de la vida. Vive bien, sé devoto, ama á Dios, y te parecerá dulce la muerte; sazona todos los gustos de la vida con este saludable pensamiento. Si tuviéramos viva fe, ninguno dejaria de envidiar santamente á los muertos que mueren en el Señor. *Quàm sordet terra cùm cælum aspicio!* decia san Ignacio. ¡Qué hedionda me parece la tierra siempre que pongo los ojos en el cielo! Siente tú lo mismo y practicalo.

DIA DIEZ.

SANTA FELÍCITAS Y SUS SIETE HIJOS,

MÁRTIRES.

Por los magníficos elogios que los santos padres tributan á santa Felícitas y por los grandes dictados que le aplican, se deja bastantemente entender que no solo fué una de las mas virtuosas, sino de las mas distinguidas señoras de Roma, así por su calificada nobleza, como por los empleos de su no menos ilustre marido. Floreció hácia la mitad del segundo siglo en tiempo de los emperadores Antonino y Marco Aurelio. Es muy verisimil que tambien fué cristiano su marido, cuando permitió que ella lo fuese y que criase á sus hijos en la fe y en el santo temor de Dios.

Muerto el marido en el año de 160, se persuadió Felícitas que habia el Señor disuelto el lazo que la tenia ligada á su esposo, para ocupar él solo en ade-

T. 7.

P. 222.



STA FELICITAS,
Y SUS SIETE HIJOS MRTS.